

ESPAÑA PINTORESCA.



(El Monasterio del Parral.)

FUNDACION DEL MONASTERIO DEL PARRAL.

I.

Al norte de la ciudad de Segovia existe un valle donde se halla hoy el suntuoso monasterio del Parral, residencia que ha sido de monges Gerónimos, y fundado en

tiempo de D. Juan el II. Los reyes católicos le dieron la Granja de S. Ildefonso, que se ha convertido despues en palacio de los monarcas españoles, con jardines deliciosos y magníficas fuentes; y la naturaleza se ha complacido en adornar toda aquella comarca con los sitios mas pintorescos. El valle está defendido de los ai-

TOMO III.—10 Trimestre.

2 de Setiembre de 1858.

res frios del norte por altos peñascos que la casa tiene á sus espaldas, y de los cuales brotan manantiales de aguas puras y cristalinas; por la parte del sur corre el rio Eresma que con su frescura templá los ardores del sol en el verano; de suerte que todo el año se goza allí de una temperatura deliciosa; y multitud de árboles frondosos contribuyen á dar amenidad á aquella especie de Eden, formando agradables alamedas. La mano del hombre se ha unido á la naturaleza para adornar tan apacible sitio, cuya hermosura ha dado lugar al antiguo refrán de aquella tierra, que dice: *de los huertos del Parral, al Paraíso terrenal*.

No se sabe á punto fijo el fundador del convento: algunos creen que lo edificó D. Enrique en 1417, aunque á nombre de D. Juan Pacheco, marqués de Villena, para evitar la murmuración de que en vida de su padre, y antes de heredar, levantase fábricas. Otros, y con mas razón, según parece, atribuyen la fundación al mismo D. Juan Pacheco por haberse librado casi milagrosamente de la muerte que le quería dar un rival acompañado de dos asesinos, cuyo hecho, según hemos podido deducir de algunos mamotretos viejos, vamos á referir del modo siguiente.

Existía en el valle que acabamos de describir, y en el sitio donde se halla ahora el convento, una ermita de mucha antigüedad y devoción, consagrada á Santa María del Parral, y que á la sazón estaba ocupada y servida por un venerable anciano, cura un tiempo de cierto pueblo de Andalucía, y retirado entonces del mundo para pasar el resto de sus días en la oración y la penitencia. Hallábase este santo varón sentado una mañana á la puerta del santuario, cuando vió venir hacia la ermita á tres caballeros armados de todas piezas, acompañando á una dama montada en un palafren y tapada con un largo y tupido velo. Adelantóse uno de los ginetes que parecía ser caballero principal, y acercándose al ermitaño, le preguntó si podrían descansar en aquel sitio. Respondióle el anciano que sí, añadiendo: «¿veis esa casita que está pegada á la ermita? Pues aquella ventana que se halla sobre la puerta es la de una habitación que, aunque pobre y mal alhajada, es la que tengo reservada para los que como vos vienen á adorar la milagrosa imagen que aquí se venera. Entrad, señores, mas no podré obsequiaros como merecéis, que mi pobreza es grande, y no me permite....» Nada queremos, replicó el caballero, bastanos tener sitio donde pasar algunos instantes y terminar cierto negocio que traemos entre manos.» Dijo esto con un tono que no agradó sobradamente al buen viejo, y mucho mas notando cierto aire de inquietud en el semblante del que hablaba, el cual era un jóven como de unos 25 años, de buen tallo, aunque de facciones duras y severas, y de mirar airado. En esto llegaron sus compañeros que eran otro jóven de alguna mas edad que el primero, pero de aspecto innoble y repugnante, y cuyos ojos feroces anunciaban la crueldad y la perfidia; y un hombre de 40 años de peor catadura todavía que los otros, y cuyo encuentro en un camino hubiera hecho estremecer al mas atrevido viajero. Poco gustó á la verdad al ermitaño esta inesperada visita; no por el mal que pudiera sobrevenirle; que pobre y viejo, nada tenia que temer de malhechores; pero el aspecto silencioso y tético de sus huéspedes le hacía recelar en ellos intenciones siniestras con respecto á la dama que los acompañaba, cuyo rostro no veía, pero cuyo tallo y magníficos vestidos anunciaban hermosura y nobleza; dando á conocer con suspiros mal reprimidos que venía harta triste y desconsolada. Tranquilizóse, sin embargo, al notar el rico y luciente arnés de los dos primeros, las ar-

mas pintadas en sus broqueles que atestiguaban ser de noble familia; y dejolos entrar, mirando siempre de reojo al tercero, cuyo color mas que moreno, ojos vizcos, enormes mostachos, poblada bárba, y sobre todo atezado colete, arrugadas botas, é inmenso espadon colgado de anchísimo tahalí, le daban un aire de maton y perdonavidas, indicio cierto de que sobre aquella alma pecadora pesaban mas de veinte muertes y otras cien hazañas de menor nota y cuanía.

II.

Habíanse recogido los caballos á una especie de corralon que estaba á espaldas de la ermita, y hallábanse los huéspedes en la habitación susodicha descansando cada cual en un mal taburete, y observando un silencio que solo interrumpían los sollozos de la desconsolada señora, desembarazada ya del velo que la tapaba. Era por extremo hermosa, y sus facciones se daban un aire con las del caballero mas jóven, si bien la aspereza que este manifestaba en su semblante, era reemplazada por una admirable dulzura. Conocióse, pues, á tiro de ballesta, que los dos eran hermanos; y el observador mas lerdo cayera también muy en breve en la cuenta de que el otro acompañante debía de ser una especie de galán ó pretendiente, pero no galán amado, sino aborrecido y de aquellos que esperan la posesión del objeto que desean, mas bien que del cariño, de la violencia y autoridad paterna. Por fin, rompióse el silencio por el hermano, diciendo con tono desabrido. «Ea, Leonor, basta de suspiros, que no hemos venido aquí para esto.—¿Podremos saber, hermano, respondió entonces la jóven, á que ha sido esta venida aquí, y con qué objeto me has obligado á salir de nuestra casa en tan extraña y poco agradable compañía?—Yo te lo diré en breves palabras, replicó el caballero; pues ya es hora, y no tenemos tiempo que perder. Has venido á casarte.—¿A casarme; exclamó Leonor aterrada!—Sí, ahora mismo, en el santuario de esta ermita, es preciso que sea. Aquí traigo ya extendido el contrato; no falta mas sino que tu lo firmes, y que en seguida os eche las bendiciones ese buen ermitaño, después de lo cual te irás con tu esposo á uno de sus castillos donde vivireis en paz y gracia de Dios, y fuera de los tiros del señor marqués de Villena á cuyo amor es preciso que renunciéis.—¿Renunciarlo! jamás; le he prometido ser suya, y mientras viva no seré de otro ninguno.—Pues si en eso solo consiste, dijo entonces el otro caballero que habia permanecido silencioso, pronto vereis como quedamos libres de ese estorbo.—¿Como! ¿que intentais hacer, exclamó Leonor levantándose? ¿Acaso queréis matarle?—Sociégate, hermana, toma asiento, y escúchame con atención. No hay duda de que la persona, las riquezas y el puesto que ocupa D. Juan Pacheco, y mas que todo el porvenir que delante de él se ofrece, pues será tal vez un día, si llega á reinar el príncipe D. Enrique, otro D. Alvaro de Luna; no hay duda, digo, que todas esas circunstancias le harían un esposo digno de tí, y que no me estaria mal á mi tampoco, semejante enlace; pero he dado mi palabra al noble conde de Torre-la-Vega mi amigo. Su nobleza no cede á ninguna; sus estados y riquezas le hacen uno de los primeros partidos del reino; su valor, si bien no ha tenido hasta ahora ocasión de acreditarse, iguala á su nobleza; y sobre todo, aun cuando en él no brillasen tan recomendables prendas, D. Juan es enemigo mio: me ha dañado en la opinión del príncipe; me ha quitado la privanza de que antes gozaba; ha destruido todas mis esperanzas de engrandecimiento, y ocupa ahora un puesto que debió ser mio. Yo le aborrezco, y jamás consentiré que le des tu mano.—Pues yo nunca la daré á quien no tiene

mi amor y extraño mucho que después de oír esta declaración, sabiendo que tengo entregado mi corazón á otra persona, haya quien aspire todavía á llamarme suya.—Si lo decís por mí, contestó el conde, mal camino habeis elegido para hacerme desistir de mi empeño. Sé muy bien lo que valen esos amores pasajeros que desaparecen cuando ha desaparecido la esperanza que los alimenta. Sois bien nacida, y no temo que me falteis cuando hayais pasado á mi poder; sobre todo, yo sabré hacer entonces, que seáis buena casada.—No he menester amenazas, dijo Leonor; pero estad seguro de que no llegará ese caso. Para ser esposa vuestra es preciso que yo os de el sí ante los altares, y los mas crueles tormentos no me obligarán á pronunciar semejante palabra.—La pronunciáis, replicó furioso el hermano levantándose y asiendo á Leonor por un brazo. Dime, ¿es cierto que amas á D. Juan?—¡Sí le amo! exclamó ella con fuego.—Pues bien su vida ó su muerte depende ahora de ti.... Escucha: él va á venir, desafiado con el conde, no tardará en llegar á este sitio que es el señalado para el encuentro.... Somos tres, cada uno de los cuales puede tanto como él.... Si accedes á nuestros deseos, si das la mano al esposo que te presento, si asomándote luego á ese balcón, dices desde él á D. Juan que eres ya de otro, que no tiene que pensar mas en tí, libre queda y le dejamos marchar sin hacerle daño alguno; pero si te obstinas en tu necia oposicion, si resistes á mis mandatos, si haces la menor seña por la cual pueda conocer que le profesas aun algun cariño, le pierdes sin remedio.... Saldremos los tres juntos, le sacrificaremos en tu presencia misma, y á par que nos vengamos, libertaremos á Castilla de un tirano que la oprimirá algun día.—¡Cobardes! grita Leonor, ¿es esa accion propia de caballeros? ¡Los ricos-hombres convertidos en asesinos! ¿No os avergonzáis?...—De lo que me avergüenzo es de tener tanto sufrimiento; repuso el conde que se había acercado al balcón y tendido la vista por el campo. Si no me engaño, allí á lo lejos viene el de Villena.... Al oír esto, Leonor y su hermano corren hácia el balcón, y Leonor exclama fuera de sí «¡Ay! él es!» y retrocediendo espantada, da consigo en el suelo. Saucha Nuño, que así se llamaba el del colete, que hasta entonces había estado mirando toda aquella escena con fria indiferencia, acariciando y bruñendo el pomo de su espada, acudió al socorro de la desmayada doncella, y levantándola dijo: «vamos, niña, que no es tan fiero el león como le pintan: déjese de melindres, y obedezca á su señor hermano, que al fin no es tirarse por una torre abajo lo que le propone.» En esto, se apartaron del balcón los dos caballeros, y mezclando las amenazas con las súplicas, creciendo su impaciencia y su despecho al paso que veían acercarse al de Villena, se muestran cada vez mas resueltos á llevar á cabo su criminal proyecto.

III.

Doña Leonor de Guzman, noble doncella de Segovia, era hija del conde de Benavente, muerto en la batalla de Olmedo, combatiendo en el partido de los infantes de Aragon. Su primogénito D. Fadrique se había reconciliado después con la corte; mas poco afecto al condestable D. Alvaro de Luna, que á la sazón ejercía el supremo poder en Castilla, por la indolencia y debilidad del rey D. Juan el II, se adhirió al príncipe D. Enrique, enemigo del favorito, y que permanecía casi siempre apartado de su padre, ya por su genio discolo y ambicioso, ya para entregarse mas á su sabor á los placeres que al fin aniquilaron su cuerpo y embrutecieron su alma. Don Fadrique trató de captarse la voluntad de D. Enrique, y aspiró á cobrar en su ánimo el mismo imperio que ejer-

cía D. Alvaro en el del monarca; pero encontró un rival en D. Juan Pacheco, cuyas brillantes calidades obscurecieron en breve las dotes menos aventajadas de su contrario. Era este de carácter tétrico, de aspecto sombrío, y de modales poco agradables, no pudiendo por lo tanto contrarrestar la amabilidad, soltura y caballeroso porte de Pacheco. No es decir que D. Juan fuese un modelo de virtudes y de talentos: antes bien aquellas eran escasas en su corazón, y estos se reducían á poseer perfectamente las artes de un cortesano. Habíase aplicado desde muy joven á estudiar el condestable, para aprender de él los medios de adquirir sobre el príncipe el mismo ascendiente que tenía D. Alvaro sobre el rey, aspirando á ser en el próximo reinado lo mismo que el Maestre era en el presente; y si bien estaba lejos de igualarle, tomó de él lo bastante para lograr sus intentos con un príncipe tan disipado y de tan poco talento como era D. Enrique. En breve llegó á ser su privado; y despechado el de Benavente de verse postergado, juró odio irreconciliable á su feliz contrario, odio que llegó á su colmo, cuando Pacheco fue agraciado con el Marquesado de Villena, rica joya envidiada de todos, y que había sido el principal objeto de sus miras y afanes en la privanza que ambicionó sin obtenerla.

Celebrábanse entonces las bodas del rey con la infanta de Portugal; y el príncipe retirado de la Corte, no quiso asistir á ellas. No pudo sin embargo escusarse de celebrar algunos regocijos en Segovia donde residía, y en un magnífico sarao que tuvo en el Alcazar, á que asistió toda la nobleza de la ciudad, tuvo el de Villena ocasion de ver á Doña Leonor, cuya belleza eclipsó la de cuantas damas se presentaron. Era Pacheco joven, de agraciada presencia, de modales caballerescos; y así por estas dotes cuanto por su privanza, llevábase la atencion de todas las hermosas. En breve se amaron el de Villena y Leonor, lograron verse repetidas veces, y juraron unir sus destinos, en lo que no creía Pacheco hallar gran dificultad, esperando terminar de este modo las diferencias que la ambicion había suscitado entre él y el de Benavente. Mas era este demasiado rencoroso para adoptar semejante medio de avenencia, á lo que se unía la palabra que tenía ya dada á su íntimo amigo el conde de Torre-la-Vega, que también aspiraba á la mano de Leonor.

De todos cuantos ricos hombres podían pretender á la bella hermana de D. Fadrique, era Torre-la-Vega el menos digno, no solo por su desagradable figura, sino por los vicios que hacían su alma todavía mas fea que su figura. No carecía de valor, calidad tan comun en los nobles de aquel tiempo, que el tenerla no argüía mérito alguno; mas solo hacia alarde de él cuando se hallaba en presencia de otros, por el aliciente del honor que pudiera resultarle, ó por miedo del descrédito que acompañaba á la cobardía; mas acostumbrado á la perfidia y al trato de gente ruin y maleante, era capaz de cometer en secreto cualquiera accion por criminal que fuese. Leonor no pudo verle sin odiarle: aun antes de tener otro amor repugnábale enlazarse con hombre tan indigno de ella; y cuando la vista y trato de Villena le hubo inspirado sentimientos que antes no conocía, se aumentó su aborrecimiento hácia el que era un obstáculo mas al logro de sus deseos.

Había pedido Pacheco la mano de Leonor á D. Fadrique, el cual se la negó con una aspereza impropia de su nobleza y ofensiva al privado que se hallaba lejos de esperar obstáculo semejante. A la repulsa quiso añadir Benavente el último desengaño, é intimó á su hermana que estuviese pronta á recibir á Torre-la-Vega por esposo; pero habiendo encontrado una resistencia tenaz y una

firme resolución que no podían vencer ni ruegos ni amenazas, decidió lograr sus designios á cualquier costa que fuese.

No tardó el de Villena en averiguar que el de Torre-la-Vega era su rival y el mayor obstáculo á la ventura á que aspiraba: supo también los malos tratos que experimentaba Leonor y la violencia que se pretendía hacerle; y disimulando su despecho con respecto al hermano de su amada, por no ofenderla, descargó todas sus iras sobre el despreciable contrario, que magüer su repugnancia, no pudo menos de admitir el reto que Pacheco le hizo, quedando señalado para lugar de la cita la ermita de Santa Maria del Parral.

Mas no era su ánimo proceder como caballero en semejante lance; antes bien concibió un proyecto infame para vencer de una vez la resistencia de Leonor, y vengarse de su contrario: comunicó á D. Fadrique el cual aunque mostró al principio alguna repugnancia, cedió por fin á los argumentos de su amigo, y adoptó la idea, distante, sin embargo, del resultado trágico que tuvo.

Para asegurar mas el éxito, asociáronse á Sancho Nuño, especie de *condottieri* de los muchos que había entonces en España, que sin mas patrimonio que su espada, la alquilaba en las frecuentes guerras civiles que agitaron á Castilla, al partido que mejor le pagaba, y en los momentos de paz seguía su oficio de matar gentes por mas ó menos oro segun la calidad de los que se valían de él y de las victimas que se le señalaban. Ajustóse con Torre-la-Vega para la empresa que meditaba; y á la mañana siguiente, saliendo los tres antes de amanecer de Segovia en sendos caballos, y llevando consigo á la desconocida Leonor, se encaminaron al valle y á la ermita donde sucedió lo que ya llevamos referido.

IV.

Había llegado Pacheco al lugar de la cita, y no viendo á su rival, sin extrañar que faltase á ella, resolvió aguardar hasta que muy entrado ya el día pudiese volver á Segovia seguro de la cobardía de su contrario. Ató su caballo á un árbol, y sentóse en un altito mirando hacia el camino. Entre tanto pasaba en la ermita una escena que estaba muy lejos de imaginar. Viendo Leonor la resolución de sus tiranos, despues de haber apurado los ruegos y las lágrimas, consintió en sacrificarse por salvar la vida de su amante. Firmó la escritura que llevaba su hermano prevenida, y en seguida bajaron todos al santuario donde el ermitaño dió á los novios la bendición nupcial. Apenas había pronunciado Leonor el terrible sí, cuando le acometió un desmayo, del que tardó algun tiempo en salir; pero recuperó los sentidos á fuerza de cuidados, y ojala no los hubiera recobrado; porque entonces exijieron de ella el sacrificio mas penoso y terrible, mandándola que saliese al balcon para anunciar á Pacheco su reciente enlace y el término de sus esperanzas. Viendo su resistencia, concertaron que el hermano la acompañase al balcon, y que los otros dos se colocasen á la puerta, para que al tiempo de acercarse á ella, como era de presumir, el de Villena, pudiesen salir á una señal convenida, y arrojarle sobre él de improviso. Viendo Leonor el inminente peligro de su amante, se dejó conducir al balcon, al que se asomó sin que se dejase ver D. Fadrique, y presentándose pálida, llorosa, con el rostro desencajado, y como un reo que conducen al suplicio.

Cansado Pacheco de esperar, se había levantado, y tendiendo la vista al rededor de sí, la dirigió hacia el balcon al tiempo que se asomaba Leonor. Creyóla conocer, y dudando que fuese cierto, se acercó hasta que adquirió la triste certidumbre de que no se engañaba.

Entre tanto Torre-la-Vega y Sancho Nuño se hallaban á la puerta que estaba entornada, teniendo el Conde la mano en el picaporte en disposicion de abrirlo oportunamente. Notando por una rendija que Pacheco se hallaba cerca, dijo en voz baja á su compañero. «Nuño, aprovechemos la ocasion de completar mi venganza y de perder para siempre á un rival cuya existencia no puede ser sino perjudicial á mis intereses. Salgamos de repente, y acometiéndole juntos, dejémosle sin vida.—A espacio, señor conde, replicó Sancho Nuño, no es eso lo tratado, y yo tengo demasiada conciencia para hacer lo que no he prometido. Aquí no he venido para matar al marqués, sino para asustar á esa chiquilla, y obligarla á que se case con vos; hecho esto, como vemos que va saliendo, yo ya despaché, y no tengo que hacer otra cosa.—Pues yo te digo que la muerte del marqués me es necesaria, y que entró tambien en nuestro trato.—No lo he comprendido yo así, señor conde; y ¿os parece que por treinta malos ducados había de mojar mi espada en la noble sangre de todo un marqués de Villena? Por Dios que entendeis poco de achaque de estocadas, cuando las igualais todas y no distinguís de clases.—Pues bien, ¿cuanto vale una buena puñalada en medio del corazon de ese perverso?—En circunstancias ordinarias os pediría unos cien ducados sobre los treinta prometidos; pero D. Juan es mi amigo, y....—¿Como! ¿tu amigo, traidor?—Mi amigo, si señor; y qué tenemos? Tambien hay estocadas para los amigos cuando se pagan bien.—Pues ea, no perdamos tiempo, ¿cuanto quierdes?—Mucha prisa tenéis; no tengo yo tanta. Por lo Villena, por lo amigo, y por la prisa, me dareis trescientos ducados, y no hay que regatear.—Tómalos y cumpleme tu palabra.»

No quedándole duda al de Villena de que la del balcon era su amada Leonor, y asombrado de hallarla en aquel sitio, se acerca presuroso y la pregunta con ansia. Ella quiere hablar y no acierta. Instala su hermano, la amenaza, alza el pie para dar con fuerza en el suelo, que es la señal convenida, y entonces la infeliz, haciendo un esfuerzo, dice con moribunda voz.... «Estoy.... casada.» Pacheco cree haber oido mal; vuelve á preguntar, pero Leonor no hace mas que mover los labios sin poder articular ningun sonido.... Entonces Benavente furioso le dice: «aparta, que yo se lo diré;» y asiéndola por un brazo, la empuja hacia adentro, y se presenta al balcon exclamando: «Busca otra esposa, marqués de Villena, que esta ya tiene dueño, y acaba de dar la mano al conde de Torre-la-Vega.»—«Mientes, no puede ser, grita Pacheco.—«Ven, Leonor, repítelo tú.» Y ella, arrastrada al balcon por su hermano, no puede hacer mas que mover maquinalmente la cabeza para decir que sí.—«Perjura! ¿será cierto? ¿Con que me has engañado? dice el marqués.»—«Sí, te ha engañado, contesta D. Fadrique: siempre te ha aborrecido.»—«No, no es verdad, no te aborrezco, exclama ella sin poderse contener.»—«Miserable! ¿qué dices? replica su hermano....»

En este instante la puerta se abre, y salen Torre-la-Vega y Sancho Nuño, con las espadas desnudas, abalanzándose á Pacheco. Este conoce la traicion, retrocede, saca su espada, y contiene el ímpetu de sus enemigos, que permanecen algo indecisos. Este momento le basta á Villena para imaginar el medio de salir de tan apurado lance. Reconoce á Sancho Nuño, y esclama con voz fuerte: «Traidores, habeis caído en vuestro propio lazo: sabia vuestro inicuo proyecto, y ese hombre que os acompaña está pagado por mí: ahora le vereis tomar mi defensa, y entonces ya seremos dos á dos.» Al oir esto, Torre-la-Vega recuerda la conversacion que acaba de tener con Sancho Nuño, su resistencia á salir

y á matar al marqués, y grita furioso: «Infame, ¡con que nos vendias! y al punto revuelve contra él la espada. Huye Nuño, síguele el conde, párase aquel y trabase entre los dos un combate. Villena aprovecha la ocasión, y se abalanza á su enemigo. Nuño echa á correr de nuevo, desaparece, y quedan los dos rivales peleando.

Veálo todo desde el balcón el de Benavente, y quiere salir presuroso en socorro de su amigo. Leonor, cobrando valor, se arroja á la puerta, echa un cerrojo, y asiéndose á él con fuerza, permanece allí agarrada, impidiendo el paso á su hermano, que hace vanos esfuerzos para apartarla. Forcegean largo rato, hasta que furioso y fuera de sí don Fadrique, saca un puñal y lo clava en el pecho de la infeliz Leonor, que cae bañada en su sangre. Entonces su asesino hermano abre la puerta, corre apresurado, pero ya es tarde: encuentra al conde tendido sin vida en el suelo, y acometiendo con furor al marqués para vengarle, cae también herido al cabo de un ligero combate.

Dejando Pacheco á sus dos enemigos revolcándose en su sangre, corre á la ermita, sube á la habitación de Leonor; pero ¡ay Dios! la encuentra moribunda en los brazos del ermitaño que había acudido al ruido. No tiene mas tiempo que para recibir su eterno adiós y su postrer aliento, y el desdichado la pierde para siempre.

Para dar honrosa sepultura á su amada, y tributar gracias á la virgen del Parral por haberle libertado de tan gran peligro, edificó Pacheco el suntuoso convento que ahora existe, y que reemplazó á la humilde ermita.

UNA CONVERSACION DEL OTRO MUNDO,

ENTRE

el español Cervantes y el inglés Shakspeare,

En que intervienen otros personajes, y se da una idea de nuestra poesía lírica en el siglo XVII.

Cervantes. Lastima ha sido por cierto, Sr. inglés, que no nos conociesemos y tratásemos allá en el mundo. Lastima que las alas de la imprenta fuesen de tan corto vuelo todavía en nuestro siglo, que no pudiesen traerme vuestros escritos, como ni probablemente llevarian los míos á vuestra noticia.

Shakspeare. Señor, esa misma falta de comunicacion quizá era muy favorable á la originalidad del jenio. Quizá la comunidad de bienes intelectuales, que después se ha establecido con gran provecho de la humanidad, se opone á que haya grandes propietarios en ingenio, ó cuando menos impide acumular aquel inmenso capital de reputacion y gloria que vos y yo recogimos y que ambos conservamos todavía.

Cer. Y que yo por mi parte espero conservar eternamente. Porque de las pocas cosas en que se hallan acordes los mortales, es una, segun me han dicho, la de honrar mi memoria y mis escritos.

Sha. Sin embargo no hay que fiarse. Vuestros escritos y vuestra memoria solo ha sufrido hasta el día el fallo de la envidia que supone mérito, y el de la parcialidad que le asegura. Os falta sufrir aun el examen frio y neutral de algun siglo que gradúe el mérito de las obras humanas, por la utilidad real que produzcan á la humanidad. Ese siglo que no llegará nunca para la reputacion de los llamados heroes, cuyos hechos estan ya consignados, con razon ó sin ella,

por una oscura y ciega tradicion; llegará sin duda para cada escritor, porque sus hechos son sus pensamientos, y estos estan al alcance del lente de la razon de las edades. Este lente no vé claro sino á cierta distancia. Quizá doscientos y veinte años no es distancia suficiente para veros bien á vos.

Cer. Ni á vos tampoco en tal caso, pues que en un mismo día fue cortado, segun dicen, el hilo de nuestras vidas: y es una de las muchas circunstancias en que nos asemejamos.

Sha. Luego hay entre nosotros semejanza?

Cer. Sí porque ambos fuimos pobres, ambos lisiados, ambos tuvimos por maestro al mundo, y ambos nos elevamos á la inmortalidad sobre las alas de nuestro solo jenio.

Sha. Pero vos fuiste soldado y yo fui cómico. Vuestra vida fue errante y la mia quieta. Aun nuestra singular habilidad en pintar locos y en mostrar á la pobre humanidad su desdichado retrato, fue diferente y opuesto en los medios. Vos haciais reir y yo llorar, yo logré por mis versos la inmortalidad, y vos no acertasteis á escribir sino en prosa.

Cer. Pero mi prosa vale al menos tanto como vuestros versos. Si me citarais otra diferencia, diriais mucha verdad, y es que yo escribí para la razon y vos para la ignorancia. Y que en mi *D. Quijote* satirizé, sin pensarlo, vuestros dramas zurcidos así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates imposibles. Este es sin duda el motivo por el cual mis obras van ganando en opinion, tanto como el mundo en juicio.

Aquí llegaba este diálogo en tono ya tan alto y descompuesto que acudió otro difunto á poner paz.—Miren VV. (les dijo) el sitio en que nos hallamos y que á la eternidad no se viene á dar ruidos. A mas que no hay motivo para ello. Creame V., Sr. de Cervantes, que soy su paisano, y cuando yo he venido de la tierra, tenia V. su baza bien sentada. Al que se hubiera atrevido á impugnar una tilde de sus obras, le hubieran apedreado como á iconoclasta. Respecto al Sr. inglés Shakspeare baste decir en su honor, que el inflexible tirano del teatro y de las letras en el siglo XVIII solo osó designarle con el nombre de *San Cristobal de la tragedia*, apodo envuelto en elogio y en veneracion. Así que pueden VV. darse por contentos con el dote de gloria que les ha tocado, y si supieran lo que á mi me pasa, con mucha mas razon se tendrían por dichosos; y no porque yo quiera comparar mi corto mérito con el de VV., sino porque en verdad no he merecido (aunque me esté mal decirlo) tanta mal andanza y tanta desventura como me ha cabido. Yo, para lo que VV. se sirvan mardarme, soy *Don Ramon de la Cruz*, poeta moral y drawático aunque de *sainetes*. Cuando entré en la carrera, hallé el teatro algo cansado de Calderon y demas grandes genios de la antigua comedia española, porque hasta lo bueno cansa desgraciadamente. Observé los proyectos y buen éxito de la escuela de Moliere en Francia, calculé la diferencia de costumbres de las dos naciones; me pareció que la España no se hallaba en estado de adoptar de repente toda la delicadeza de la comedia moderna.

Vi su aficion decidida á los bailes de candel: á los purchinelas: á los ahorcados: á las jácaras y pullas cantadas en las calles por los ciegos. Miré al grande vestido de gitano: al militar, recostado sobre la mesa de la castañera: al abate, manteando peles entre las mozas de los barrios bajos. Me dediqué á estudiar las obras del paisano que está presente, analizando el

efecto de su lectura en el común de sus lectores. Hallé que lo que en ellas mas gustaba no era la sátira fina de las aventuras del castillo del duque, ni el discurso de D. Quijote en respuesta al capellan, ni su diálogo con el caballero del bosque; ni los encantos de la cueva de Montesinos, ni las tribulaciones de Sancho, ni su diestro manejo, cortes, quites y salidas, en la afanosa brega del gobierno; ni la catástrofe de su ambición, en cuya última escena, el beso de paz al rucio, me parece la imagen mas patética de la aflicción y abandono en que deja á la inocencia, la insensibilidad páfida de la malicia, del poder y del orgullo ocioso. El pueblo preferia á estas bellezas, otras que lo son tambien, pero de otra especie. El cuadro de Maritornes con todas sus nocturnas travesuras de duende sucubo. La aventura del rebuzno. Los hechos de Ginesillo y compañeros galeotes, y las truanadas y torriscones, con que los caballeros disputan, por la albarda y la bacía, contra la gente baja en la caballeriza de la venta. Ahora bien, dije yo entonces, presentandome en mis sainetes el lenguaje, los modales y los sentimientos de estas mismas clases; enseñando á vuelta de algunos donaires, una moral pura y sociable, no abstracta ni metafísica, sino natural y de uso para todo el mundo, y descubriendo entre los toscos vicios de los artesanos, y las finjidas virtudes de los usías, la honradez, la inocencia y la sinceridad, para hacerla triunfar, habré dado ya un paso hacia el objeto de la comedia moderna. Si lo he cumplido: si he sabido tomar la embocadura: si he conocido el genio de los espectadores: si mi lavandera de la casa de *Tocame Ro-* que es ejemplo interesante del individuo á quien la sociedad no ofrece ningun bien, y que por consiguiente ningun interes tiene en contribuir al orden, díganlo todos mis contemporáneos vieron, aprendieron, y aprobaron, hasta que algunos dogmatizadores en el arte de gozar, pronunciaron anatema al que se divertiese en mis sainetes. El público obedeció, por no incurrir en la pena mas temida de él, que es la de ser tachado de ignorancia. Y hoy es el día, señores, en que se necesita mas valor para aplaudir un pensamiento mio, que para reprobar uno del Sr. Cervantes. Las parodias de Mr. Vadé, son los cantos de Homero en comparacion de mis pobres sainetes. ¿Es posible, decia yo, que la nacion inglesa escuche las tragedias de Shakspeare en que Taestoff y el príncipe heredero se injurian, se blasfeman, y se roban, en tabernas y entre vandoleros, mientras mis compatriotas no pueden soportar la representacion del *Careo de los Majos*? ¿será que los ingleses sepan menos ó que no se han dejado despojar del derecho de eleccion en sus propios placeres? Pero por otra parte ¿cómo, si son consiguientes mis paisanos, no se desdeñan de leer la novela de la Jitanilla, la de la Ilustre Fregona, Rinconete y Cortadillo y el Coloquio de los perros? Lo mas particular en el asunto es que los literatos mis paisanos y contemporáneos dieron en despreciarme como el público, y apenas me dejaban escupir en corro. Ahí han venido *Cienfuegos*, *Moratin* y *Melendez*, y no me atrevo á irles á saludar, sin embargo que acaso alguno de ellos me deba parte de su aureola poética.

Así dió fin D. Ramon á su discurso que aplaudieron sus dos oyentes por cortesía, y por la misma razon le dieron á entender al despedirse que respecto á su anterior disputa quedaban sino acordes al menos sosegados = José Somoza.

(Se concluirá.)

HISTORIA NATURAL.

HABITACIONES DE LOS ANIMALES.

En la construccion de sus habitaciones es donde emplean los animales una inteligencia muy superior al instinto que apenas se dignan concederles los que no estudian la naturaleza, ó no la comprenden. Pero lo mas admirable es que no debe buscarse esta inteligencia en los animales de gran tamaño, ni entre aquellos cuya organizacion tiene alguna analogia con la nuestra, sino entre los que se escapan á nuestra vista, deslizándose bajo la yerba ú ocultándose en el cáliz de una flor; en una palabra, en los insectos. Esta inteligencia en arquitectura va disminuyéndose conforme se perfecciona la organizacion y se aumenta el tamaño de la especie, y así el *Castor*, que pertenece á los mamíferos, y cuyo grueso no llega al de un zorro, es el último animal arquitecto que se encuentra dotado de alguna industria. Entre los pájaros se puede observar la misma progresion. El *troglodita*, que es uno de los mas pequeños, se construye un nido en figura de horno; las *águilas* y los *buitres*, que son los mayores forman toscamente los suyos con algunos pedazos de madera atravesados unos sobre otros. El *avestruz* pone sus huevos en la arena sin preparacion alguna.

La *araña albañila* (*Migale cæmentaria*) es una araña gruesa de un color leonado. Elige para fijar su habitacion un terreno seco, en declive bastante rápido, vuelto hácia el oriente ó el sud-oeste, y rara vez hácia el mediodía á no ser bajo el abrigo de un arbol, y nunca hácia el norte ú el occidente. Abre en él un agujero cilíndrico, de media pulgada de ancho y cuatro ó cinco de profundidad. Conforme va estrayendo los materiales los dispersa á lo lejos, á fin de que el terreno conserve su uniformidad en la superficie y que ni el mas leve resquecio pueda denunciar su asilo. Este agujero no es vertical, sino un poco inclinado al horizonte, y su fondo termina en una estancia cuadrada, de mas de una pulgada de longitud y anchura, destinada á su alojamiento y el de sus hijos. Por medio de una argamasa desatada y muy fina consolida y une las paredes; despues las entapiza con una hermosa colgadura de seda á la que ninguna de nuestras telas es comparable en brillo y delicadeza.

Construida la habitacion era indispensable una puerta para resguardar lo interior de ella de la intemperie de las estaciones, y del ataque de un enemigo. Aquí es donde este animalito manifiesta una inteligencia maravillosa. Amasa una tierra gredosa en términos de poderla dar la figura de un disco chato y perfectamente redondo; de tiempo en tiempo aplica este disco á la abertura de su habitacion para ver si ajusta bien, siendo necesario que una parte de su grueso penetre en la abertura, y que la otra sobresalga como una cobertera. Hecho esto, trata de afianzarla y ponerla gornes; y como la abertura de la habitacion está inclinada, coloca una bisagra de seda en la parte mas alta, resultando que el disco se abre como una válvula y se cierra por su propio peso; pero la obra está todavia en embrion; la consolida entapizándola en lo interior con una espesa capa de seda, y teniendo cuidado de dejar algunos hilachos para poder agarrarlos cómodamente y abrir y cerrar su puerta.

Pero si todo acabase con esto, los enemigos de esta

araña encontrarían fácilmente la puerta redonda y lisa, y con este indicio no dejarían de destruir la habitación durante su ausencia. Para ocultársela, pues, baña la superficie exterior del disco con un licor gomoso, y pega encima con mucho arte cascajillos y arena de modo que desaparezca la regularidad de su corte, y presente toda la apariencia escabrosa de lo restante del terreno. Sabe ella imitar tan bien las desigualdades del suelo y unir las tan diestramente con las de sus lados, que puede desafiarse á la vista mas perspicaz á que distinga su puerta del terreno que la rodea.

Todos los días deja su habitación para ir á caza. Primero escucha desde dentro con mucha atención si algún ruido anuncia peligro; si todo está sosegado, levanta poco á poco la puerta, y mira con inquietud al derredor. Asegurada de que ningún enemigo la acecha, sale, y antes de alejarse cierra su habitación con el mayor cuidado, usando de la misma precaución cuando vuelve. Antes de acercarse á su domicilio mira si en los contornos hay algún escorpión ó escolopendra en emboscada, y cuando se certifica de que nadie la observa, se precipita á la puerta, la abre, la cierra, y desaparece con la velocidad de un relámpago. Cuando saca á paseo á su pequeña familia redobla sus precauciones, y si algún peligro llega á sorprenderla, coje á sus hijos sobre su espalda, huye, y no llega á su estancia sino después de muchos rodeos dados para desorientar al enemigo. Encerrada en su casa, agarra con las cuatro patas los hilos de seda puestos en la puerta con este fin, y haciendo hiucapie con las otras patas contra las paredes del agujero, tira hácia sí con toda su fuerza. La resistencia que opone es mas que suficiente para vencer la de una escolopendra ó escorpión, y se puede conceptuar cual sea probando á levantar la puerta con un alfiler. Si el enemigo puede mas, abandona á la albañila todo su valor, huye al fondo de su agujero, y se deja devorar sin resistencia por el escorpión que la sigue.

Entre los insectos melíferos que susurran en la primavera sobre las flores hay uno llamado *abeja de adormidera*, (*Megachile papaveris*). Esta abeja tiene la cabeza y pecho cubiertos de una pelusa pardi-roja, el abdomen casi desnudo en la parte superior, con sus anillos bordados de pardo, y en el segundo y tercero una línea negra. El macho tiene una punta en cada lado en el penúltimo anillo, y dos puntas obtusas en el último.

Hace su nido en tierra seca á la orilla de los caminos. Abre primero un agujero cilíndrico de una pulgada ó dos de profundidad, y ensancha después el fondo de modo que forma una especie de aposento de una pulgada de diámetro. No tiene seda para entapizarlo como la albañila, no sabe hacer papel como las abejas, ni cera como las abejas, y sin embargo es preciso que mantenga las paredes de su habitación á fin de que nada se desprenda de ellas que altere la pureza de la miel que depositará en el fondo. Estos inconvenientes no la dan mucho en qué pensar. Echa á volar, y recorre el campo buscando con la mayor diligencia la amapola mas fresca y viva de color; colócase sobre sus pétalos, y corta con sus mandíbulas, que hacen oficios de tijeras, una pieza cuadrada con tanta destreza y propiedad como pudiera hacerlo el mejor sastre. Para conducirla á su habitación sin arrugarla es para lo que emplea una sagacidad admirable. Con sus patas traseras mantiene la pieza perfectamente estendida, y luego la arrolla con las de delante retrocediendo hasta que ha formado un rollo apretado que coje con las cuatro patas de en medio y le lleva de esta suerte con comodidad. El rollo entra fácilmente por el agujero de su casa, le aplica luego con mucha curiosi-

dad y exactitud á una de las paredes de su habitación desarrollándole y estendiéndole conforme le va pegando con un licor gomoso; colocada ya esta pieza de colgadura, sale en busca de otra. Algunas veces para dar mas suntuosidad á su estancia une con la adormidera algunos fragmentos de pétalo de navo silvestre, cuyo hermoso color amarillo resalta sobre el encarnado brillante de la adormidera.

ESTATUA COLOSAL

DE SAN CARLOS BORROMEO.

Una de las curiosidades que llaman la atención del viajero al llegar á Italia por la Suiza es el *Lago mayor* en la Lombardia á quince leguas de Milan. Este lago es célebre por sus islas llamadas Borromeas, que son cuatro, de las cuales dos principalmente son notables por lo atrevido de su creación, la riqueza y primor de su ornato. Estas son *l' Isola Madre* y *l' Isola Bella* construidas en medio del lago en el siglo XVII por el conde Vituliano Borromeo. La mas grande, *l' Isola Bella*, es una mole piramidal y rectangular compuesta de diez pisos ó terrazas, y terminada por una plataforma sobre la cual se eleva la estatua ecuestre del fundador de aquella maravilla. Multitud de naranjos y limoneros adornan los diferentes terrazas, y sus balaustradas están ademas enriquecidas de estatuas, obeliscos, vasos y figuras estrañas.

Entre todos los miembros de esta familia de los Borromeos cuya memoria llena aquellas comarcas, el mas ilustre es el de S. Carlos Borromeo, uno de los hombres mas grandes que ha producido la Europa cristiana. Nació el 2 de octubre de 1538 en el palacio de Arona, pequeña aldea situada á la orilla del lago mayor. Ascendido á Cardenal y arzobispo de Milan á la edad de 21 años, renunció desde aquel momento á todos los placeres que su edad, su clase y sus riquezas le brindaban, y se entregó de lleno al cumplimiento de sus deberes religiosos. Ocupóse ante todas cosas en restablecer la disciplina eclesiástica, casi olvidada por el desorden de las guerras civiles y religiosas de la edad media, para ello tuvo que vencer grandes obstáculos desplegando en su consecuencia un vigor y energía extraordinarios. Dando él mismo el modelo de la reforma que intentaba, vivía en la austeridad de los anacoretas, y cuando la peste atacó á Milan, no reparó en los peligros exponiéndose continuamente á ellos por salvar y asistir á los enfermos. La muerte prematura, acaecida en 1584 á la edad de 46 años fue el resultado de los austeros ejercicios que se imponía.

Ciento treinta años después de la muerte de Carlos Borromeo el pueblo de Milan dispuso erigirle á su costa una estatua, en el mismo sitio en que habia nacido. cerca de Arona. Fue construida por el escultor Cerani; es de bronce y de sesenta y seis pies de altura: su pedestal de granito tiene 46; por consecuencia la elevación total es de 112 pies. La cabeza, los pies y las manos son fundidos, lo demas es forjado. El santo está en actitud de echar la bendición al pueblo; la espresion de su fisonomía es dulce y melancólica, la acción sencilla y noble, y las proporciones tan ajustadas que no se echan de ver las dimensiones colosales de esta figura sino comparándola con otros objetos. El interior contiene un macizo de fábrica que sube hasta el cuello, sosteniendo la cubierta exterior por medio de gatillos y armaduras

de hierro. Para llegar á la especie de plataforma, al final del macizo de mampostería es preciso subir con escala hasta uno de los pliegues del vestido del Santo por el cual se introduce el viajero en el interior de la estatua ayudándose para hacer la subida de las barras de hierro que la sostienen, como si se subiera por una chimenea.

El interior de la cabeza está iluminado por una ventanilla practicada hácia la nuca, y por las aberturas de las narices se puede disfrutar una vista deliciosa. El volumen proporcional de dicha cabeza es capaz de poder contener cuatro personas comodamente sentadas al rededor de una mesa.

Entre los obsequios dispuestos para celebrar la coronación del emperador Fernando de Austria que se habrá verificado ayer 1 de septiembre en Milan, ha determinado el virrey de Lombardía ofrecer á su soberano un banquete singular, y segun todos los periódicos afirman se verificará este banquete.... ¿á donde dirán VV?... Pues nada menos que en el interior de la cabeza de San Carlos Borromeo...! De suerte que á la hora que escribimos tiene de refuerzo el cerebro del Santo Cardenal, al Emperador de Austria, al Archiduque, al virrey de Lombardía y al príncipe Metternich; amen del almuer-

zo, mesas, sillas, jécaras y platos y demas cuerpos extraños.

Publicaciones.

EL ALMIRANTE DE CASTILLA.

Novela histórica traducida de la que en francés escribió la duquesa de Abrantes con el mismo título.

Los dos primeros tomos adornados con 11 viñetas grabadas por D. Vicente Castelló, (véase la muestra de una de ellas), están de venta, y continua la suscripción para el tercero y último tomo, que llevará seis viñetas, en las librerías de Cuesta frente á las Cobachuelas, en la de Gutierrez calle de la Abada, y en la estampería de Valle calle de Carretas.

En las provincias se suscribe en casa de todos los comisionados de la agencia literaria.



ADVERTENCIAS.

1.^a Por no haberse concluido el grabado de la ESTATUA DE S. CARLOS BORROMEO no puede ir en este número, pero irá en el siguiente, rogando á nuestros suscritores nos disimulen esta falta involuntaria y que no acostumbramos.

2.^a En el número anterior debimos advertir que el retrato de Hernan Cortés, que va al frente de su artículo, es un fac simile del grabado en madera en el poema [hoy día muy raro] titulado El Cortés Valeroso, y Mejicana, de Gabriel Laso de la Vega, dirigido al nieto de Hernan Cortés, é impreso en Madrid en casa de Pedro Madrigal en 1588.

Se suscribe al Semanario Pintoresco, en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en las provincias en las administraciones de correos.—Precio de suscripción en Madrid y Provincias.—Por un mes cuatro reales.—Por tres meses doce reales.—Por seis meses veinte reales.—Por un año treinta y seis reales.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.